

LA IRA FRENTE A LA AUTORIDAD

Ma. de los Ángeles Sánchez-Noriega A.

Resumen

El argumento central es que las emociones se expresan en acciones que tienen consecuencias políticas. Se retoma la concepción de Richard Sennett, expuesta en su libro *La autoridad*, para exponer que los conflictos no resueltos con la autoridad paterna, así como el abandono de los principios que deberían regir las acciones de los gobernantes, se traducen en conflictos políticos cada vez más graves. Se propone que una de las vías para transformar las relaciones de la sociedad civil con el poder político es la exigencia de que los gobernantes sean legibles y visibles.

Abstract

The main argument is that emotions are expressed in many different actions which have political consequences. Based on Richard Sennett's essay: *Authorty*, we argue that not solved conflicts with parents in childhood plus the abandon of the main principles that should guide the government activities, are generating more and most serious political conflicts. One way that society can take to contribute in solving this increasing situation is to sue that public authorities became "face to face" with society and be honest about what can or cant do related with people's petitions.

A pesar de lo polémico de los temas y de los debates continuos sobre los mismos, donde la reflexión y el estudio conducen a las transformaciones

y al enriquecimiento de los diversos enfoques en ambas ciencias, aquí se parte de que tanto la filosofía y la ciencia política se ocupan del poder; se esfuerzan por determinar su contenido, emplean sus propios recursos teóricos, metodológicos y técnicos, para abordarlo desde su particular perspectiva, producen un lenguaje específico para referirse a él. Tienen en común que lo analizan, estudian, reflexionan, explican y también proponen formas para ejercerlo.

El problema es fundamental en ambas esferas del conocimiento porque el poder es parte esencial de las relaciones humanas, y, como tal, abarca a los hombres en toda su complejidad social, cultural e histórica.

Sin embargo, poco se ha estudiado que los vínculos con el poder se expresan en emociones que se traducen en acciones específicas, es decir, que tienen consecuencias políticas. Aquí interesa abordar este asunto.

Uno de los sinónimos de la palabra poder, que significa "fuerza o dominio sobre otros"¹ *es el de autoridad*.

La propia definición del término remite a una relación social: "potestad, inherente o concedida que tienen algunas personas para hacerse obedecer",² "mando o poder que tiene una persona sobre otra", es decir, la palabra autoridad contiene una relación entre personas diferentes, la distinción estriba en la fuerza de una de ellas.

Puede afirmarse que el primer vínculo con la autoridad tiene un origen natural, puesto que nace de la necesidad física, biológica, de cuidado y protección; la satisfacción reiterada de esa necesidad engendra en los individuos involucrados una emoción, que llamamos amor. Por ejemplo, gracias al lazo protector que se establece entre una madre y su hijo, existe un compromiso emocional a largo plazo que a su vez posibilita el desarrollo humano.

El contexto cultural conforma la idea de autoridad, pero es la relación social primaria la que determina que exista el vínculo emocional que, en otra área del cerebro, la racional, procesa esa emoción.

¹ *Diccionario práctico de la lengua española*, Grijalbo.

² *Ibidem*.

Por ello, en toda sociedad existe alguna idea de autoridad, independientemente del contenido de la misma.

Algunos pueblos consideran que la autoridad corresponde a los hombres que están naturalmente mejor dotados para sobrevivir y proteger a los más débiles, y que han acumulado la experiencia necesaria para guiar y orientar a los demás, para beneficio de la colectividad; otros piensan que el dominio sobre la naturaleza y sobre otros hombres se debe a la voluntad divina, por lo cual asumen que son los dioses los que velan por su bienestar a través de las acciones de sus gobernantes; otros más consideran que el poder proviene del pueblo, es decir, de todos los que habitan un territorio y comparten una forma de comprender el mundo y la vida, los cuales ceden a otras personas el poder para resolver sobre los asuntos públicos y, de esta forma, lograr la armonía y la felicidad social.

Independientemente de que el origen del poder político se atribuya al orden natural, al divino, o al social, la idea de para qué existe la autoridad no cambia: es para garantizar el bienestar de la comunidad y éste es el aspecto que tiene que ver con el vínculo emocional original, todo hombre necesita sentirse protegido, seguro, necesita amor.

De ahí que todos los grandes filósofos que se refieren a las cualidades que deben tener los gobernantes ponderan la sabiduría, la moderación, la prudencia, en fin, la virtud, que para Montesquieu es —simple y llanamente— virtud política.

Así, debido a que la necesidad de autoridad es concomitante a la esencia humana —al ser social— también las virtudes políticas son condición indispensable de la autoridad.

No existe en la teoría política un solo pensador que trate acerca del poder, de la autoridad, que no se refiera a las virtudes que debe tener un gobernante. Hasta Nicolás Maquiavelo, considerado el padre de la Ciencia Política, incluye en su obra *El príncipe* un apartado sobre las virtudes que debe tener y practicar para el mejor ejercicio y provecho de su función.

En síntesis, desde Aristóteles hasta hoy, se sigue proponiendo la necesidad de que las autoridades miren siempre y en todo por el bien-

tar del pueblo, es decir, que lo protejan y guíen, para lo cual necesitan poseer determinadas cualidades; la primera es quizás el conocimiento de las condiciones y necesidades de vida y trabajo de los hombres que pretenden gobernar.

Sin embargo, a partir de la revolución industrial —del desarrollo de la ciencia y la tecnología, de la especialización de funciones y actividades que conlleva— las relaciones sociales se han expandido y vuelto más complejas. Una de las múltiples consecuencias de este hecho es que se ha abierto una brecha cada vez más grande entre gobernantes y gobernados, entre los que detentan el poder y los que están subordinados a él, entre lo público y lo privado. Por ello, una queja social común es que las autoridades son incompetentes, corruptas, represoras, etcétera. Dicho de manera llana y simple, que no velan por el interés común.

Estamos entonces frente a un dilema, o todas aquellas ideas de los grandes pensadores políticos acerca de las cualidades que necesita la autoridad para gobernar son meras fantasías o el deterioro de las relaciones con la autoridad son consecuencia de sus propias prácticas, entonces sí es necesario pugnar por cambios en el ejercicio de la autoridad.

Como creemos que el respeto, la confianza, la seguridad, o sus contrarios, son sentimientos humanos que se expresan en actitudes y conductas específicas frente a la autoridad, resulta de suma importancia indagar cómo se traducen en acciones políticas.

Autoridad-comunidad, gobierno-pueblo, se han convertido en los dos polos de una relación en la cual pareciera que los actos del primero de la dupla tienen como primer y principal objeto destruir las mínimas posibilidades de convivencia social, a través de un conjunto de acciones en las que se puede constatar que son los intereses de los grandes capitales, cada vez con mayor control de las economías nacionales, los que imponen a los gobiernos la lógica para la jerarquización de las prioridades respecto al gasto público; así, el acceso a todos los bienes y servicios se reduce drásticamente a minorías privilegiadas con el consecuente detrimento de la calidad de vida de los grupos mayoritarios. En proporción directa con la imposibilidad práctica para lograr mejores condiciones materiales —salud, vivienda, educación, recreación—, hemos sido

testigos, en esta última década del siglo XX, de las rebeliones de importantes grupos sociales, que tomando como bandera el respeto a sus características raciales, religiosas, étnicas y culturales, se lanzan a la guerra contra los grupos más favorecidos en el acceso a los bienes materiales. Ello implica también un enfrentamiento directo contra los gobiernos, aunque no siempre la violencia se generalice a todo el territorio nacional, sin embargo son cada vez más y de mayor gravedad las consecuencias que acarrea la existencia de autoridades que se perciben como ilegítimas en la medida en que no responden a las expectativas sociales, en tanto que la sociedad no recibe de ellas el respeto, el cuidado y la protección que requiere.

Los pueblos están utilizando cada vez más formas violentas de llamar la atención de las autoridades para la solución de sus problemas. La violencia en tomas de tierras, de edificios públicos, de medios de transporte; el secuestro de funcionarios públicos, las agresiones en todas sus formas, desde las verbales hasta las físicas, son ya noticia cotidiana y común; la represión, también expresada de muchas maneras, es ya la única respuesta completa y cabal a las exigencias sociales, ante funcionarios incapaces de tomar decisiones porque siempre hay alguien de mayor rango y jerarquía que debe tomar cartas en el asunto, pero también ante la política institucionalizada de no tomar las responsabilidades de ninguna decisión; al transformarse los mecanismos institucionales, leyes, reglamentos, decretos, de instrumentos para recibir atención y solución a los problemas ya sean individuales o sociales, en un laberinto que finaliza en una barrera, en donde el minotauro de la burocracia devora a cualquiera que irrumpa en sus dominios; es urgente analizar cómo el rechazo de la sociedad se está convirtiendo en el vínculo emocional que se une con el poder público.

Para ello, es importante comprender cuáles son y cómo se desarrollan los vínculos emocionales con la primera forma de autoridad que conoce el hombre para de ahí explicar cómo se reproducen estas emociones en el contexto social, pero sobre todo si existe alguna manera para establecer nuevos vínculos con la autoridad.

Sigmund Freud sostenía que las primeras emociones frente a la

autoridad son producto del tipo de relación que se tuvo con los padres; se percibía su fuerza y también la propia debilidad, pero también que el proceso de individualización, hasta llegar a ser un adulto, consistía en romper esa imagen de debilidad y asumir la propia fuerza. Ello supone la aceptación, en las dos direcciones (padre-hijo), de la disminución gradual de la protección y el acceso a nuevas experiencias y responsabilidades, ya que la mano del tiempo coloca en diferentes papeles y actividades a cada persona, los cuales implican la pérdida de ciertas capacidades, habilidades y responsabilidades, pero también la adquisición de otras.

La comprensión de este proceso, con la actitud correlativa, supondría la eliminación de los conflictos con la autoridad paterna.

Freud consideraba también que la mayor parte de la gente no logra culminar con éxito este proceso y que gran parte de los conflictos sociales se originan en las imágenes infantiles de conflicto con la autoridad traspasadas a la edad adulta.

En este contexto exponemos los planteamientos de Richard Sennett en su trabajo titulado *La autoridad*, ya que aportan elementos importantes acerca del comportamiento social generalizado frente al poder y alternativas para transformarlo.

Según este autor, las raíces de los conflictos con la autoridad en el capitalismo contemporáneo se hallan en el desarrollo del mercado, ya que —por una parte— la ideología dominante prometía el respeto a todas las libertades individuales y el acceso a los bienes y servicios mediante el cultivo de ciertos valores, como el trabajo, el esfuerzo, la honestidad, el estudio, pero —por otra parte— los mercados son en realidad profundamente anti-individualistas; es decir, barren con toda posibilidad de elegir libremente la forma de reproducir la vida material.

De esta forma, la contradicción entre la ideología que exaltaba las posibilidades individuales para la satisfacción de todas las necesidades materiales y la realidad que negaba de manera reiterada esa misma posibilidad, se transformó en una sensación de vergüenza ante la dependencia; es decir, los individuos se sintieron débiles y al mismo tiempo responsables de su incapacidad para triunfar, entonces la sensación de

ser personalmente vulnerable por ser dependiente se transformó en un mecanismo de defensa, creando el rechazo a la autoridad.

Las autoridades prometían protección o ayuda, pero muchas veces no cumplían esas promesas. Y de esta disparidad surgió el aspecto esencial de la autoridad moderna: unas figuras de fuerza que despertaban sensaciones de dependencia, temor y respeto, pero también una sensación vaga de que el resultado tenía algo de falso e ilegítimo. Se aceptaba la fuerza personal de las autoridades, pero se negaba el valor de su fuerza para los otros. Ahí fue donde se inició la división entre autoridad y legitimidad.

El dirigente, de acuerdo a las ideologías paternalistas, es la encarnación del amor, la protección y el respeto con la fuerza del experto, pero también se aglutinan las emociones que las relaciones con ambos provocan; así, a los conflictos infantiles no resueltos con la autoridad paterna, se suma la vergüenza social ante la dependencia y la debilidad.

A esta cualidad se agrega la contradicción de la promesa de protección, pero se niegan las condiciones para que los cuidados proporcionados se traduzcan en el aumento de la fuerza del otro. Por ello, en las sociedades que han mantenido esta ideología más que velar por los intereses de los ciudadanos (siempre y cuando se beneficien también los intereses de la autoridad) ya no expresa ningún interés por el bienestar social, a la autoridad autónoma.

La autoridad autónoma puede asumir dos formas, una es la posesión de una especialidad, que permite ser libre; la otra radica en una estructura de personalidad, que se aprecia muy bien en las burocracias modernas, y que consiste en mostrar una absoluta indiferencia respecto a las necesidades del otro, esto coloca a la autoridad en una posición de dominio. El interés social por lograr el reconocimiento de la autoridad, lleva a adoptar formas de rechazo, o de agresión, pero el aspecto más importante es que esas reacciones están indicando la dependencia emocional que existe frente a ella.

Los mecanismos de control que la autoridad autónoma ha conformado, son mucho más sofisticados que en el siglo XIX, sin embargo recogen los mismos valores sociales que antaño; la autodisciplina, enten-

dida como el ejercicio para desarrollar todas las cualidades y capacidades humanas, se transforma en un elemento de control de los demás. Resulta interesante constatar que los funcionarios públicos de mayor jerarquía hablan varios idiomas, practican deportes, visten de manera elegante y, también, son expertos en su profesión, educados en alguna universidad, preferentemente inglesa o norteamericana, son pues un ejemplo de las bondades del sistema en el que se vive.

Como modelo a seguir, el funcionario de hecho está controlando a sus subalternos, está demostrándoles todo lo que él es y ellos no son, estimula con ello la vergüenza social y reproduce el control.

Como no es fácil en la vida cotidiana estarse preguntando sobre las condiciones de vida y posibilidades materiales reales que los dirigentes tuvieron y tienen para lograr esa personalidad y tampoco es posible emprender un análisis de cómo vive cada uno para ponderar las abismales diferencias entre ellos y la sociedad en su conjunto, encontramos que la autoridad autónoma se caracteriza porque no expresa ningún sentimiento sobre sus subordinados, le basta realizar su trabajo, ejercitar sus habilidades, conservar la calma y mantener su indiferencia, para que —con esas actitudes— deteriore la autoestima de sus subordinados y aumente la sumisión de los mismos, pero también el rechazo hacia él.

La “impersonalidad burocrática” es otra expresión de control de la autoridad autónoma. Aquí no es una persona, sino el proceso, el papeleo, el que se erige como elemento de dominación de la sociedad.

La responsabilidad de las decisiones no recae en personas específicas, sino en una estructura que se erige sobre cualquier interés o necesidad personal.

Los trámites y procedimientos que deben seguirse para el acceso a bienes y servicios son ininteligibles para la mayoría de la gente, pero además, independientemente de que en la práctica se modifiquen las leyes, los reglamentos y los mecanismos particulares en cada una de las esferas del servicio público, a los ojos de la población, la autoridad aparece como estática, lo cual provoca sentimientos de inseguridad y desamparo.

Las ideologías de la influencia contribuyen también a crear un cli-

ma de rechazo a la autoridad, porque aunque pretenden mejorar las relaciones obrero-patronales, buscar que los trabajadores estén contentos con su trabajo, e influir en ellos a través de estímulos, en ellas se considera que el jefe eficaz nunca está atado, ni comprometido con nada, esto es lo que le da autonomía, el objetivo último es mistificar lo que el jefe es y lo que quiere, lo cual conduce a los subordinados a un proceso de interpretación continua para responder a exigencias no explícitas, provocando sentimientos de indefensión.

Otro factor ideológico que contribuye a provocar el rechazo y la resistencia a las figuras de autoridad, es la confusión entre libertad y autonomía. Se ha llegado a considerar que ser autónomo equivale a ser libre y por ello se piensa que al rechazar a la autoridad, la sujeción se rompe de manera automática, y al hacerlo se entra de lleno al reino de la libertad. Estas conductas, presentes en la práctica social, se pueden analizar con mayor facilidad en las actitudes de individuos particulares.

Tres son las formas de comportamiento que la mayor parte de la gente asume frente a la autoridad y todas conllevan alguna forma de rechazo.

Richard Sennett llama a la primera "dependencia desobediente". Consiste en reconocer que la autoridad existe y tiene control, pero se le cuestiona sobre las acciones específicas que propone llevar a cabo, presentándole alguna alternativa que de antemano se sabe no puede aceptar. La rebeldía es la forma de rechazar, no se le obedece porque se considera que no está proponiendo lo adecuado.

La segunda forma de relación frente a la autoridad se denomina "sustitución idealizada". Aquí la persona se crea mentalmente una figura de autoridad buena y creíble, que se contrapone a la autoridad real, concreta. De esta manera, la dependencia frente a la autoridad particular se establece mediante la confrontación con la imagen idealizada.

Por último, el rechazo a la autoridad puede adoptar la forma de la "fantasía de la desaparición", que consiste en creer que cualquier conflicto tiene su origen en la existencia misma de la autoridad, de lo cual se deriva la idea de que toda la sociedad funcionaría correctamente y sin ningún problema si toda autoridad desapareciera.

En todos los casos hay también una relación de dependencia, de reconocimiento del otro, porque se asumen conductas en función del significado que se le da a la autoridad.

Esto se debe a que en todo individuo coexisten internamente partes que se identifican con la autoridad y otras que se asumen como dependientes y subordinadas. Por ello, en cualquier dirección que se actúe, no es posible destruir la idea de autoridad, lo que sí es factible es realizar un proceso de reflexión a fin de juzgar mejor a las autoridades que existen en la vida de los individuos. Al dotar de un nuevo contenido a la idea de autoridad, transformando el sentimiento de temor y desconfianza por el de comprensión acerca de la propia fuerza, es posible establecer nuevos vínculos con ella.

El primer paso para romper las relaciones de dependencia emocional negativa, de rechazo, es establecer distancia frente a la autoridad, diferenciarla del individuo, verla como externa al *yo*.

Sennett sugiere dos maneras de hacerlo. A una la llama “la máscara”, a la otra “la purga”. La primera consiste en comportarse como si las acciones de la autoridad no tuvieran efecto alguno en el individuo (uno se pone una máscara, se protege con ella, no lo pueden ver, aunque uno sí ve).

De esta forma, la autoridad se puede mirar como alguien totalmente externo que no tiene relación con uno, así es posible analizar su comportamiento y encontrar la lógica del mismo, con lo cual se desmistifica.

La purga es quizá más dolorosa, pues consiste en revivir todas las emociones que se sintieron frente a las acciones de la autoridad y también las propias conductas, sufrir para limpiarse internamente y ubicar en una perspectiva más justa los vínculos que se han creado.

Ambas formas tienen como objetivo humanizar a la autoridad, comprender sus razones. Es el equivalente a “ponerse en los zapatos del otro”.

Aunque pareciera que al sugerir estas formas de enfrentar a la autoridad, se le está defendiendo, lo que sucede es exactamente lo contrario.

Al aplicar cualquiera de los dos procedimientos, el individuo se fortalece, porque limita y concreta a la autoridad, la convierte en persona.

Aunque el reconocimiento individual de la propia fuerza no puede trasladarse a un programa político, entre otras razones porque el tiempo individual y el cultural no son iguales, porque un individuo sabe que en el curso de su vida va a tener diferentes papeles, algún día irá a la escuela o aprenderá un oficio, trabajará, tendrá una pareja, hijos, nietos y también morirá, también reconoce que las instituciones públicas, las burocracias, no nacen y mueren conforme al mismo calendario biológico.

Sin embargo, las dos formas que se han retomado de Sennett para fortalecer al individuo frente a la autoridad, le dan la pauta para fundamentar dos exigencias que la sociedad puede asumir frente al poder político para aumentar su cohesión y resistencia internas. Éstas son que las autoridades públicas sean visibles y legibles. Por visibilidad se entiende que den la cara, que sean explícitos acerca de sí mismos, de lo que pueden y de lo que no pueden hacer.

La validez de esta demanda radica en que en los sistemas políticos en los que la autoridad es una figura abstracta, incorpórea, hacerla visible, personalizarla y exigirle que se responsabilice de sus propuestas y de sus actos, contribuye a eliminar el temor que inspira.

El que la autoridad sea legible significa que sus actos sean claros y comprensibles para la sociedad en su conjunto; que deje de ser una necesidad permanente al estar descifrando el sentido y el significado de los actos del poder público.

En resumen, se trata de que la sociedad enfrente el temor que la autoridad le inspira, alterando, modificando, la arquitectura del poder político.

Se busca dotar de un contenido diferente a las cadenas de mando, lo cual puede lograrse a través de interrogar al poder, en cada uno de los eslabones de la cadena, acerca de las normas, propuestas y acciones específicas que propone.

Lo común es que las normas, el discurso y los actos que emanan del poder se consideren socialmente como verdades irrefutables y evidentes, con ello lo que se hace es reforzar cada uno de los eslabones de control que conforman la cadena del poder, pero si se interroga sobre

la validez, pertinencia y sentido de cada uno de estos controles, es probable que puedan alterarse, brindando a la misma sociedad la posibilidad de establecer otros vínculos con el poder político.

Como exponíamos al iniciar este ensayo, la sociedad se está enfrentando, cada vez con mayor violencia, a las estructuras de poder, cosechando represión y más autoritarismo, mayor sumisión; la rebeldía frente a las autoridades es la marca de nuestro tiempo, pero si consideramos que deben existir autoridades que, en efecto, sean las mandatarias y ejecutoras de la voluntad popular, éstas deben cumplir con su función de velar y proteger los intereses del pueblo, la sociedad debe arrancarse el temor a la autoridad y enfrentar de cara al poder, empleando la razón para comprender sus emociones.